

PSICOLOGÍA

CAPÍTULO II

Del hombre considerado como animal. - Analogías del microcosmos y del macrocosmos. - El ojo, como sentido principal. - El hombre instintivo. - El sentido cenestésico. - La quinta esencia elemental. - Relaciones activas del alma y el organismo. - Su incorruptibilidad. - Execración de la maldad humana.

19. Cuando redactes un tratado dedicado a la descripción de los animales cuadrúpedos, coloca entre ellos al hombre que en su infancia marcha en cuatro patas. (E. 16, r.).

20. En la parte destinada a la descripción del hombre deben estar comprendidos los animales de la misma especie, tales como el babuino, el mono y sus numerosos similares. (E. 816).

21. Sobre la marcha del hombre. Esta marcha tiene la característica de todos los cuadrúpedos que mueven sus patas en cruz. Como el caballo que trota, el hombre también agita sus cuatro miembros en cruz; si primero adelanta el pie derecho al caminar, entonces adelanta al mismo tiempo el brazo izquierdo o viceversa. (C. A. 292, r.).



Cabeza del Angel de la Virgen de las Rosas. Museo del Louvre, París

22. El hombre fue llamado por los antiguos "un mundo menor", designación justa puesto que el hombre está compuesto de tierra, agua, aire y fuego, como el cuerpo de la tierra al cual se asemeja. Si el hombre posee sus huesos para servirle de armazón y sostener su carne, el mundo tiene sus rocas que sostienen su tierra; si el hombre tiene en sí un lago de sangre en el que crece y decrece el pulmón por obra de la respiración, el cuerpo de la tierra tiene su tazar oceánica que crece y decrece cada seis horas para su respiración; si de ese lago de sangre salen las venas que se van ramificando por todo el organismo, así también la mar oceánica llena el cuerpo terrestre de innumerables venas de agua. Pero, en cambio, le faltan a nuestro globo los nervios que no le

fueron dados; puesto que ellos están destinados al movimiento. Ahora bien, el mundo, en su perpetua estabilidad, no se mueve, y allí donde no hay movimiento los nervios resultan inútiles. Pero, en todo lo demás, el hombre y el mundo son semejantes. (C. A. 80, r.).

23. Si la Naturaleza hubiera establecido una sola regla para determinar la cualidad de los miembros, el rostro de todos los hombres sería semejante, y no se les podría distinguir el uno del otro. Pero ella ha variado de tal manera las cinco partes del rostro que bien que haya establecido una regla general para la proporción, no ha seguido ninguna para la cualidad, de tal manera que así se puede reconocer a cada individuo. (C. A. 70, r.).



Cabezas de guerreros. Estudios de expresión para la batalla de Anghiari. Museo de Bellas Artes de Budapest.

24. Yo he encontrado en la constitución del cuerpo humano, como en la de los otros animales, los irás obtusos y groseros sentimientos; compuesto de instrumentos sin ingenio y de partes ineptas para recibir la virtud de los sentidos.

Yo he visto en la especie leonina los órganos del olfato formar parte de la substancia cerebral descendiendo hasta las fosas nasales, excelente receptáculo para el sentido del olfato que entra en el número de los sacos cartilaginosos, con funciones más perfectas que el cerebro del hombre. Los ojos de la especie leonina que ocupan una gran parte de la cabeza, tienen nervios ópticos que comunican directamente con el cerebro. En el hombre se advierte lo contrario: los agujeros de los ojos ocupan poco espacio en la cabeza, y los nervios ópticos, ligeros, largos, endebles, son de funcionamiento débil. El hombre ve poco de día, y menos de noche; en tanto que los animales citados ven mejor de noche que de día, y esto no es para ellos un inconveniente, porque salen de noche y duermen de día al modo de los pájaros nocturnos. (H. 827).

25. El ojo, dentro de una distancia y de condiciones medias, se equivoca menos en su función que todos los otros sentidos, porque él no ve más que las líneas rectas que componen la pirámide formada por la base del objeto que las proyecta hasta el ojo.

El oído se equivoca sobre el lugar y la distancia de los objetos porque la onda sonora le llega, no por líneas rectas como la onda luminosa, sino por líneas tortuosas y, reflejas.

A menudo lo que está lejos parece más cercano que lo que realmente lo está, a causa del recorrido del sonido, aunque la voz del eco se refiera al sonido por líneas rectas.

El olfato es todavía menos capaz de localizar el lugar desde el cual se expande un olor.

Solamente el gusto y el tacto, que tienen relación directa con el objeto, adquieren la noción verdadera que proviene del contacto. (LU. 2).

26. Cuatro son las potencias: memoria e intelecto; irascible y concupiscible.

Las dos primeras se refieren a la razón; las otras dos, a los sentidos.

De ahí derivan cinco sentidos: vista, oído y olfato (escasamente probatorios), tacto y gusto (muy probatorios). (T. 7, v.).

27. El olfato incluye el gusto en el perro y en los otros animales ávidos. (T. 7, v.).

28. El hombre posee gran razonamiento, pero en su mayor parte vano y falso. Los animales lo tienen en menor grado, pero útil y verídico; y más vale una pequeña certidumbre que un gran engaño. (ASH. 1. 7, v.).

29. Lo primero que forma la Naturaleza es el volumen de la caja del intelecto que es la sede de los espíritus vitales. (ASH. 1. 7, r.).

30. No creo que los hombres groseros, de bajas costumbres y de poco espíritu, merezcan un organismo tan hermoso ni una tan grande variedad de engranajes como los hombres especulativos y de gran espíritu. Los primeros no son otra cosa que una bolsa en la que entra la comida y de la cual sale. Se los debe equiparar a un canal para la alimentación, porque nada me prueba que ellos formen parte de la especie humana, si no es por la voz y el rostro: por todo lo demás se parecen bastante a las bestias. (R. 1178).

31. Muchos no son más que verdaderos canales para los alimentos. Se les debería llamar: fabricantes de excrementos y llenadores de letrinas, puesto que esto constituye toda su ocupación en este inundo. No practican ninguna virtud y, de ellos sólo quedan las letrinas. (R. 1179).

32. El hombre y el animal son propiamente tránsitos y conductos de comida, sepulturas de animales, albergues de la muerte, focos de corrupción; puesto que sólo sostienen su vida con la muerte de otros. (R. 483).

33. El sentido común es el que juzga las impresiones que le transmiten los otros sentidos. Los sentidos funcionan según los objetos, que proyectan sus simulacros en los cinco sentidos los que a su vez los transmiten a la sensibilidad, y ésta, al sentido. El sentido común, en su calidad de juez, manda todo a la memoria, en la cual, según su potencia, es conservado más o menos tiempo. Los antiguos pensadores han establecido que esta parte del juicio propio del hombre, tiene su causa en un organismo al cual se ligan los cinco sentidos por medio de la sensibilidad. Le dieron el nombre de "sentido común" a dicho sentido, y lo localizaron en el centro de la cabeza. Este nombre proviene de que él es juez de los otros sentidos. Funciona por ministerio cede la sensibilidad, colocada en forma intermedia, entre él y los cinco sentidos.

La sensibilidad funciona por ministerio de los simulacros de las cosas que le son transmitidos por los instrumentos superficiales, llamados sentidos, que están colocados en forma intermedia entre las cosas exteriores y la sensibilidad; del mismo modo, los sentidos funcionan por obra de los objetos.

El simulacro de las cosas que nos rodean se transmite a los sentidos que lo transfieren a la sensibilidad; ésta los ofrece al sentido común, mediante el cual pasan a la memoria en la cual permanecen según su mayor o menor importancia.

¿Cuál es el sentido más rápido en su función, y más próximo de la sensibilidad que el ojo, superior y príncipe de todos los demás? De él hablaremos especialmente, dejando los otros cuatro, para no alargar nuestra exposición. (C. A. 90, r.).

34. Ahora, considera lector hasta qué punto se puede creer a los antiguos que quisieron definir lo que son el alma y la vida, cosas improbables, puesto que no son cosas que la experiencia pueda claramente conocer y probar, ya que durante tantos siglos han sido ignoradas, y falsamente interpretadas. (C. A. 90, v.).

35. A propósito del ojo, que cumple exactamente su función –y que hasta nuestro tiempo ha sido definido de maneras diversas por una infinidad de autores–, se demuestra, por la experiencia, que es algo muy diferente. (C. A. 119, r.).

36. *Del alma*: El movimiento de la tierra contra la tierra es rechazado y la parte golpeada apenas si se mueve. El agua, golpeada por el agua, forma círculos alrededor del punto golpeado.

Así se propaga a larga distancia la voz en el aire.

Más todavía en el fuego.

Más todavía el espíritu en el Universo.

Pero lo finito no se extiende en el infinito. (H. 67, v.).

37. Ahora bien: la esperanza y el deseo de repatriarse y de tornar a su primitivo estado, obran sobre el hombre como la luz sobre la mariposa. Y el hombre, animado por un continuo deseo, aspira siempre a una nueva primavera, y siempre a un nuevo estado, y a próximos meses y nuevos años; y cuando las cosas ansiadas llegan por fin ya es demasiado tarde; y el hombre no se da cuenta que a lo que realmente aspira de este modo, es a su propia ruina.

Pero ese deseo, esa ansia, es la quintaesencia de los espíritus elementales que, por ministerio del alma, se encuentran encerrados en su cuerpo. Y el hombre aspira sin cesar a retornar a su Hacedor. Y nosotros sabemos que este mismo deseo, esta quintaesencia, es la inseparable compañera de la Naturaleza, tal como el hombre es el modelo del mundo.

Y el hombre es eternamente víctima de la suprema locura que lo hace padecer constantemente en la esperanza de dejar de padecer; y la vida se le escapa en tanto que él espera poder gozar de los bienes que ha adquirido al precio de los más grandes esfuerzos. (R. 1187).

38. El alma parece residir en la parte judiciaria; y la parte judiciaria parece residir en el lugar al que concurren todos los sentidos. Se le ha llamado "sentido común", pero esto no debe entenderse como referido a la totalidad del cuerpo, sino solamente al cerebro. Porque si el sentido común estuviera en todo el cuerpo, y por entero en cada parte, no sería necesario que los instrumentos de los sentidos concurrieran todos a un mismo lugar; bastaría que el ojo –por ejemplo–, desempeñara su oficio de sentir, limitándose a su propia superficie y sin mandar por la vía de los nervios ópticos el simulacro de las cosas vistas al sentido judiciario. El alma, por la razón antedicha, podría entonces captar directamente las imágenes en la superficie misma del ojo. Del

mismo modo, al sentido del oído le bastaría la resonancia de la voz en la concavidad del peñasco que se encuentra en él, y sin necesidad de ninguna conducción hacia el sentido común, hacia el cual la voz podría llegar directamente.

También el sentido del olfato se ve obligado a concurrir hacia el sentido común. El tacto pasa y se transmite por los nervios; y esos nervios se distribuyen en infinitas ramificaciones bajo la piel que recubre las membranas del cuerpo y las vísceras.

Los nervios conducen las órdenes del movimiento y dotan de sensibilidad a los músculos, y, juntos nervios y músculos determinan el movimiento de estos últimos. Y éstos obedecen; y al obedecer se hinchan para actuar; y su dilatación acorta su longitud y aproxima los extremos. Por su fina red existente en los miembros, los nervios llegan hasta las puntas de los dedos. De este modo conducen hasta el juicio, la razón de sus contactos.

Los nervios, con sus músculos, obedecen como los soldados a los condotieros; y los músculos obedecen al sentido común como los condotieros a su capitán. Las articulaciones de los huesos obedecen, pues, al nervio (tendón), y el músculo a la cuerda (nervio propiamente dicho), y la cuerda al sentido común. Y el sentido común es la sede del alma y la memoria su arsenal, y la sensibilidad su punto de referencia. (R. 838).

39. El alma no se puede corromper con la corrupción del cuerpo. Ella se comporta como el aire que es el que produce el sonido al pasar por el órgano correspondiente. Si la envoltura se echa a perder, ningún efecto puede esto tener sobre ella. (T. 32, r.).

40. El que quiera saber de qué modo el alma habita en un determinado cuerpo, no necesita más que mirar de qué modo ese cuerpo hace uso de su cotidiana habitación a saber: si ella se presenta desordenada y confusa; desordenada y confusa será la manera con que el alma habitará en ese cuerpo. (A. 76, r.).

41. Nuestro cuerpo está debajo del ciclo y el cielo está debajo del espíritu. (T. 34, v.).

42. Los sentidos son cosa terrestre y la razón se mantiene fuera de ellos cuando contempla. (T. 32, r.).

43. Todo mal deja una impresión desagradable en el recuerdo; pero la salvación no está en otra cosa que en el supremo mal, es decir, en la muerte que aniquila el recuerdo junto con la vida. (ASH, 1. 33, r.).

44. Siempre se verá sobre la tierra a los animales combatiendo entre sí, con los más grandes perjuicios y a menudo la muerte como resultado para cada bando.

Su maldad no tiene límites; sus salvajes brazos voltean los más altos árboles de los mayores bosques del universo; y con tal de conseguir su comida, el alimento de sus deseos, no vacilarán en desencadenar la muerte, la aflicción y los dolores, las guerras y la devastación sobre todos los seres vivientes. En su monstruoso orgullo lucharían contra el propio cielo, si el peso demasiado fuerte de sus cuerpos no los obligara a mantenerse pegados a la tierra. Nada sobre la tierra existe, ni debajo de la tierra, ni en el agua, ni debajo del agua, que no sea perseguido, destrozado y arruinado por ellos. Pasan de un país a otro, y el cuerpo de esta plaga se convierte en la sepultura y en el pasaje de todos los cuerpos de los animales muertos.

¡Oh mundo! ¿Cómo no te abres para precipitar en los más negros agujeros de tus abismos y simas y para no exhibir más tiempo a la luz del sol un monstruo tan cruel y tan implacable? (C. A. 362).